

## Cada loco con su tema

por Raúl González Tuñón

Por la redacción de aquel diario sensacionalista solían desfilan los tipos más curiosos, personajes todos de la tragico-media humana. Recordamos ahora a algunos de los más extravagantes.

Un día llegó hasta nuestra mesa de redacción, donde estábamos obligados a atender a todos los que nos trajeran sus problemas, un sujeto vestido a la manera de la antigua Roma. Traía un grueso y largo báculo dorado; pero lo que nos pareció extraordinario, usaba lentes. Ese hombre se decía hijo de Dios, su enviado especial en la tierra. Venía a pedirnos que le consiguiéramos permiso de la policía para que lo dejaran leer en la plaza del Congreso su mensaje divino.

Como Juan, quería gritar verdades tremendas a los hombres extraviados y a los blasfemos o indiferentes. Después de una confusa charla nos aseguró que él podía todo, menos conseguir permiso de la policía porteña que debía ser, según su opinión, parecida a la de Nínive o Sodoma.

Nosotros, un tanto inclinados a la credulidad, sonreíamos anotando sus pretensiones. Pero uno de los colegas, a todas luces escéptico, mientras el enviado de Dios hablaba, le partió el báculo por la mitad. Cuando el enviado de Dios lo tomó para marcharse lo hizo tan distraído y con tal mala suerte que se fué de narices contra el suelo. Levantóse furioso, inquiriendo quién había partido su báculo. El autor del hecho se adelantó preguntándole:

—¿Usted es como Dios?

—¡Sí! —respondió indignado el otro.

—Entonces —prosiguió nuestro colega— si es como Dios, ¿por qué no hace crecer el báculo?

El mensajero divino se fué lanzando palabrotas contra el atrevido.

Otra vez vino al diario un extraño tipo. Era más de las doce y estábamos un grupo de muchachos deseando terminar nuestro trabajo para irnos a almorzar. El tipo nos encaró gritando: “¡Yo como de todo!” “¡Ah, muy bien, le dijimos, que Dios le conserve el apetito y no le haga nunca periodista!”

Ante la carcajada general el hombre frunció el ceño y dijo, muy decidido a cumplir su palabra: “Es que si quieren me como esta bombita”. Y sin esperar nuestra respuesta se comió tranquila-

mente una bombita eléctrica. Cuando la fiera terminó su singular comida los muchachos se agarraron fuertemente a sus máquinas de escribir con temor de que se las devorara. El extraño visitante continuó su exhibición comiéndose un vaso. En seguida, ante nuestro creciente asombro, se tragó un carretel de hilo blanco y otro de hilo negro que había sacado del bolsillo y luego un paquete de agujas. “Voy a sacarme del estómago, dijo, una aguja enhebrada. ¿Con qué hilo la prefieren? ¿Negro o blanco?” “Negro”, dijo alguien y, efectivamente, el devorador no tardó en sacar de la boca una aguja enhebrada en hilo negro. Nos quedamos mudos. Le conseguimos trabajo en un teatrillo de novedades del viejo Paseo de Julio. Poco tiempo después supimos que el pobre había muerto al atravesársele en la garganta una espina de pescado que estaba comiendo. Hay extraños destinos.

Pero un día llegó al diario un individuo verdaderamente absurdo, que nos contó lo siguiente: “Me llamo Adams y era profesor en Hamburgo. Una noche, en cierto restaurante del puerto, me presentaron a un turista inglés que nunca había bebido agua y nunca había comido pollo. Lo ségundo no me pareció extraordinario, pero lo primero sí. Me dispuse a seguir a ese hombre. Logré hacerme amigo suyo. Pude comprobar que, en verdad, jamás bebía agua y nunca comía pollo. Estuvimos en Pekín, en Damasco, en Argel, en Sevilla, en La Habana, y llegamos hace poco tiempo a Buenos Aires. Aquí, para mi desgracia, el turista inglés claudicó de una manera vergonzosa. Ayer, después de una borrachera, se bebió una jarra de agua. Me explicó que era a causa del whisky falsificado que había bebido la noche anterior. Con ese motivo habló pestes de Buenos Aires; pero, de todos modos, me hundió en la desolación. ¡Consignen ustedes este hecho en el diario!”

Nosotros nos quedamos pensando en un individuo que siguió durante años a un circo por todo el mundo para ver cuándo el león se comía al domador. Una noche, al fin, el león se comió al domador. Y fué precisamente aquí, en Buenos Aires, donde el circo hacía malas entradas...